

# **Capítulo 1**

## **Llamado al reavivamiento**

### **La mayor necesidad de la iglesia**

La mayor y más urgente de todas nuestras necesidades es la de un reavivamiento de la verdadera piedad en nuestro medio. Procurarlo debería ser nuestra primera obra. Debe haber esfuerzos fervientes para obtener las bendiciones del Señor, no porque Dios no esté dispuesto a conferirnos sus bendiciones, sino porque no estamos preparados para recibirlas. Nuestro Padre celestial está más dispuesto a dar su Espíritu Santo a los que se lo piden que los padres terrenales a dar buenas dádivas a sus hijos. Sin embargo, mediante la confesión, la humillación, el arrepentimiento y la oración ferviente nos corresponde cumplir con las condiciones en virtud de las cuales ha prometido Dios concedernos su bendición. Solo en respuesta a la oración debe esperarse un reavivamiento. Mientras la gente esté tan destituida del Espíritu Santo de Dios, no puede apreciar la predicación de la Palabra; pero cuando el poder del Espíritu toca su corazón, entonces no quedarán sin efecto los discursos presentados. Guiados por las enseñanzas de la Palabra de Dios, con la manifestación de su Espíritu, ejercitando un sano juicio, los que asisten a nuestras reuniones obtendrán una experiencia preciosa y, al volver a su hogar, estarán preparados para ejercer una influencia saludable.

Los que fueron portaestandartes antaño sabían lo que era luchar con Dios en oración y disfrutar del derramamiento de su Espíritu. Pero los tales están desapareciendo del escenario, ¿y quiénes surgen para ocupar sus lugares? ¿Cómo es la nueva generación? ¿Está convertida a Dios? ¿Estamos atentos a la obra que se realiza en el Santuario celestial, o estamos esperando que algún poder apremiante venga a la iglesia antes de que nos despertemos?

¿Esperamos ver que se reavive toda la iglesia? Ese tiempo nunca llegará.

Hay personas en la iglesia que no están convertidas y que no se unirán a la oración ferviente y eficaz. Debemos hacer la obra individualmente. Debemos orar más y hablar menos. Abunda la iniquidad, y debe enseñarse a la gente que no se satisfaga con una forma de piedad sin espíritu ni poder. Si somos asiduos en el escudriñamiento de nuestro corazón, si nos liberamos de nuestros pecados y dejamos de lado nuestras malas tendencias, nuestras almas no se elevarán a la vanidad, desconfiaremos de nosotros mismos al comprender siempre que nuestra suficiencia es de Dios.

Tenemos mucho más que temer de enemigos internos que de externos. Los impedimentos para el vigor y el éxito provienen mucho más de la iglesia misma que del mundo. Los incrédulos tienen derecho a esperar que los que profesan ser observadores de los mandamientos de Dios y de la fe de Jesús hagan más que cualesquiera otros para promover y honrar la causa que representan, por su vida consecuente, su ejemplo piadoso y su activa influencia. Pero ¡con cuánta frecuencia los profesos defensores de la verdad han demostrado ser los mayores obstáculos para su adelanto! La incredulidad fomentada, las dudas expresadas, las tinieblas abrigadas, animan la presencia de los malos ángeles y despejan el camino para los planes de Satanás.

## **Abriendo la puerta al adversario**

El adversario de las almas no puede leer los pensamientos de los hombres, pero es un agudo observador y toma nota de las palabras. Registra las acciones y hábilmente adapta sus tentaciones para tratar los casos de los que se colocan al alcance de su poder. Si trabajáramos para reprimir los pensamientos y sentimientos pecaminosos, sin darles expresión en palabras o acciones, Satanás sería derrotado, pues no podría preparar sus engañosas tentaciones adecuadas para el caso.

Pero ¡con cuánta frecuencia abren la puerta al adversario de las almas los profesos cristianos por su falta de dominio propio! En las iglesias son frecuentes las divisiones y aun las amargas disensiones que deshonrarían a cualquier colectividad mundana, porque se hace muy poco para dominar los malos sentimientos y para reprimir cada palabra de la que pueda aprovecharse Satanás. Tan pronto como hay algún motivo de discordia, el asunto es presentado delante de Satanás para que lo revise, y se le da la oportunidad de usar su sabiduría de serpiente y su habilidad para dividir y destruir a la iglesia. Hay una gran pérdida en cada disensión. Los amigos personales de ambas partes toman el bando de sus respectivos favoritos y así se amplía la brecha. No puede permanecer una casa dividida contra sí misma. Se producen y multiplican los reproches y recriminaciones. Satanás y sus ángeles trabajan activamente para lograr una cosecha de la semilla así sembrada.

Contemplan esto los mundanos y se mofan exclamando: “¡Mirad cómo se aborrecen estos cristianos entre sí! Si eso es religión, no la queremos”. Y se ven a sí mismos y a su carácter irreligioso con gran satisfacción. Así se confirman en su impenitencia y Satanás se regocija con su éxito.

El gran engañador ha preparado sus artimañas para cada alma que no está fortalecida para la prueba y preservada por constante oración y fe viviente. Como ministros, como cristianos, debemos trabajar para eliminar del camino las piedras de tropiezo. Debemos retirar cada obstáculo. Confesemos y abandonemos cada pecado, para que pueda estar aparejado el camino del Señor, para que él pueda estar en nuestras reuniones e impartirnos su rica gracia. Deben ser vencidos el mundo, la carne y el demonio.

No podemos preparar el camino ganando la amistad del mundo, que es enemistad contra Dios; pero con la ayuda divina podemos quebrantar su influencia seductora sobre nosotros y sobre otros. No podemos, individual ni colectivamente, librarnos de las tentaciones constantes de un enemigo implacable y determinado. Pero podemos resistirlas con la fortaleza de Jesús.

De cada miembro de la iglesia debe brillar una luz constante ante el mundo de modo que no sea inducido a preguntar: ¿Qué hace más esta gente que los otros? Puede haber y debe haber un alejamiento de la conformidad con el mundo, un apartarnos de toda apariencia de maldad de modo que no se dé ninguna oportunidad a los adversarios. No podemos escapar de los reproches. Vendrán, pero debemos ser muy cuidadosos de que no seamos reprochados por nuestros propios pecados y desatinos, sino por causa de Cristo.

No hay nada que Satanás tema tanto como que el pueblo de Dios despeje el camino quitando todo impedimento, de modo que el Señor pueda derramar su Espíritu sobre una iglesia decaída y una congregación impenitente. Si se hiciera la voluntad de Satanás, no habría ningún otro reavivamiento, grande o pequeño, hasta el fin del tiempo. Pero no ignoramos sus maquinaciones. Es posible resistir su poder. Cuando el camino esté preparado para el Espíritu de Dios, vendrá la bendición. Así como Satanás no puede cerrar las ventanas del cielo para que la lluvia venga sobre la tierra, así tampoco puede impedir que descienda un derramamiento de bendiciones sobre el pueblo de Dios. Los impíos y los demonios no pueden estorbar la obra de Dios, o excluir su presencia de las asambleas de su pueblo, si sus miembros, con corazón sumiso y contrito, confiesan sus pecados, se apartan de ellos y con fe demandan las promesas divinas. Cada tentación, cada influencia opositora, ya sea manifiesta o secreta, puede ser resistida con éxito “no con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos” (Zac. 4:6).

## **Estamos en el Día de la Expiación**

Estamos en el gran Día de la Expiación, cuando mediante la confesión y el arrepentimiento nuestros pecados han de ir de antemano al Juicio. Dios no acepta ahora de sus ministros un testimonio suave y falto de temple. Un testimonio tal no sería verdad presente. El mensaje para este tiempo debe ser alimento oportuno para nutrir a la iglesia de Dios. Pero Satanás ha estado procurando

gradualmente despojar a este mensaje de su poder, a fin de que la gente no esté preparada para resistir en el día del Señor.

En 1844, nuestro gran Sumo Sacerdote entró en el Lugar Santísimo del Santuario celestial para comenzar la obra del Juicio Investigador. Han estado siendo examinados delante de Dios los casos de los muertos justos. Cuando se complete esa obra, se pronunciará juicio sobre los vivientes. ¡Cuán preciosos, cuán importantes son estos solemnes momentos! Cada uno de nosotros tiene un caso pendiente en el tribunal celestial. Individualmente hemos de ser juzgados de acuerdo con lo que hicimos en el cuerpo. En el servicio simbólico, cuando la obra de expiación era realizada por el sumo sacerdote en el Lugar Santísimo del Santuario terrenal, se demandaba que el pueblo afligiera su alma delante de Dios y confesara sus pecados para que pudieran ser expiados y borrados. ¿Se requerirá algo menos de nosotros en este día real de expiación, cuando Cristo, en el Santuario de lo alto, está intercediendo a favor de su pueblo, y se ha de pronunciar en cada caso una decisión final e irrevocable?

¿Cuál es nuestra condición en este tremendo y solemne tiempo? ¡Ay! ¡Cuánto orgullo prevalece en la iglesia, cuánta hipocresía, cuánto engaño, cuánto amor al vestido, la frivolidad y las diversiones, cuánto deseo de supremacía! Todos estos pecados han nublado las mentes, de modo que no han sido discernidas las cosas eternas. ¿No escudriñaremos las Escrituras para que podamos saber dónde estamos en la historia de este mundo? ¿No llegaremos a entender plenamente la obra que se está efectuando para nosotros en este tiempo y el puesto que nosotros, como pecadores, deberíamos ocupar mientras se lleva a cabo esta obra de expiación? Si tenemos alguna preocupación por la salvación de nuestra alma, debemos efectuar un cambio decidido. Debemos buscar a Dios con verdadera contrición; con profunda contrición de alma, debemos confesar nuestros pecados para que puedan ser borrados.

No debemos permanecer más en un terreno donde podamos ser fascinados. Nos aproximamos rápidamente al término de nuestro tiempo de gracia. Pregúntese cada alma: ¿Cómo estoy delante de Dios? No sabemos cuán pronto nuestros nombres puedan ser puestos en los labios de Cristo y sean decididos finalmente nuestros casos. ¡Cuáles, oh cuáles, serán esas decisiones! ¿Seremos contados con los justos o seremos incluidos entre los impíos?

## **La iglesia ha de levantarse y arrepentirse**

Levántese la iglesia y arrepíentase de sus apostasías delante de Dios. Despiértense los atalayas y den un sonido cierto a la trompeta. Tenemos una amonestación definida que proclamar. Dios ordena a sus siervos: “Clama a voz en cuello, no te detengas; alza tu voz como trompeta, y anuncia a mi pueblo su rebelión, y a la casa de Jacob su pecado” (Isa. 58:1). Debe captarse la atención de la gente. A menos que se pueda hacer esto, es inútil todo esfuerzo. Aunque descendiera un ángel del cielo y les hablara, sus palabras no les harían más provecho que si estuviera hablando al frío oído de los muertos.

Debe levantarse la iglesia para la acción. El Espíritu de Dios nunca podrá venir hasta que ella le prepare el camino. Debe haber un ferviente escudriñamiento de corazón. Debe haber oración unida y perseverante y, mediante la fe, una demanda de las promesas de Dios. No debemos vestirnos con cilicios como en la antigüedad, sino que debe haber una profunda humillación del alma. No tenemos el menor motivo para felicitarnos a nosotros mismos ni exaltarnos. Deberíamos humillarnos bajo la poderosa mano de Dios. Él vendrá para consolar y bendecir a los que lo buscan de verdad.

La obra está delante de nosotros. ¿Nos ocuparemos de ella? Debemos trabajar rápidamente, debemos avanzar continuamente. No tenemos tiempo que perder, no tenemos tiempo para ocuparnos en propósitos egoístas. Ha de ser amonestado el mundo. ¿Qué estamos haciendo individualmente para llevar la luz ante otros? Dios ha dejado su obra para cada hombre; cada uno tiene una parte que

hacer, y no podemos descuidar esa obra, a menos que pongamos en peligro nuestras almas.

Oh, mis hermanos, ¿contristaréis al Espíritu Santo y lo haréis alejarse? ¿Excluiréis al bendito Salvador porque no estáis preparados para su presencia? ¿Dejaréis que las almas perezcan sin el conocimiento de la verdad porque amáis demasiado vuestra comodidad para llevar la carga que Jesús llevó por vosotros? Despertemos del sueño. “Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quién devorar” (1 Ped. 5:8).—*The Review and Herald*, 22 de marzo de 1887.

## **La reforma acompaña al reavivamiento**

En muchos corazones parece haber apenas un hálito de vida espiritual. Esto me entristece mucho. Temo que no se haya mantenido una lucha agresiva contra el mundo, la carne y el demonio. Debido a un cristianismo medio muerto, ¿continuaremos alentando el egoísta y codicioso espíritu del mundo, compartiendo su impiedad y favoreciendo su falsedad? ¡No! Por la gracia de Dios, seamos constantes en los principios de la verdad, manteniendo firme hasta el fin el principio de nuestra confianza. Hemos de ser “no perezosos; fervientes en espíritu, sirviendo al Señor” (Rom. 12:11). Uno es nuestro Maestro, Cristo. A él hemos de mirar. De él hemos de recibir nuestra sabiduría. Por su gracia, hemos de preservar nuestra integridad, permaneciendo delante de Dios en humildad y contrición, y representándolo ante el mundo.

Ha habido gran demanda de sermones en nuestras iglesias. Los miembros han dependido de las declamaciones del púlpito en vez de depender del Espíritu Santo. No habiendo sido demandados y no habiendo sido usados, los dones espirituales que les fueron concedidos han menguado hasta ser débiles. Si los ministros avanzaran en nuevos campos, los miembros se verían obligados a llevar responsabilidades, y sus facultades aumentarían al ser usadas.

Contra los ministros y los miembros, Dios presenta graves acusaciones de debilidad espiritual cuando dice: “Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca. Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo. Por tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas” (Apoc. 3:15-18). Dios demanda un reavivamiento y una reforma espirituales. A menos que suceda esto, los que son tibios serán cada vez más detestables para el Señor hasta que él rehúse reconocerlos como a sus hijos.

Deben realizarse un reavivamiento y una reforma bajo la ministración del Espíritu Santo. Reavivamiento y reforma son dos cosas diferentes. Reavivamiento significa una renovación de la vida espiritual, una vivificación de las facultades de la mente y del corazón, una resurrección de la muerte espiritual. Reforma significa una reorganización, un cambio en ideas y teorías, hábitos y prácticas. La reforma no producirá los buenos frutos de justicia a menos que esté relacionada con el reavivamiento del Espíritu. El reavivamiento y la reforma han de efectuar su obra asignada y deben entremezclarse al hacer esta obra.—*The Review and Herald*, 25 de febrero de 1902.

## **Se usarán instrumentos sencillos**

Por medio de figuras, se me ha mostrado que el Señor llevará a cabo sus planes mediante diversas formas e instrumentos. El Señor usa, para su grandiosa y santa obra de salvar a las almas, no solo a los que tienen más talento, no solo a los que ocupan elevados puestos de responsabilidad, o a los que tienen más instrucción en términos mundanales. Empleará medios sencillos; usará a muchos que han tenido pocas oportunidades para ayudar a llevar adelante su obra. Empleando medios sencillos, hará que crean en la verdad



los que poseen propiedades y tierras, y estos serán influidos para que lleguen a ser la mano ayudadora del Señor en el progreso de su obra.—*Carta 62*, 1909. [Extraído de *Mensajes selectos*, t. 1, pp. 141-149.]